

Capítulo 42 - Los Tigres y el Mar - La Balada de un Dragón Semibenevolente

- Capítulo 42 - Los Tigres y el Mar - La Balada de un Dragón Semibenevolente

Capítulo 42 - Los Tigres y el Mar - La Balada de un Dragón Semibenevolente

Xiang observaba cómo su abuelo contemplaba el mar. El viejo hombre-tigre permanecía inmóvil y en silencio. "Abuelo," susurró. "¿Quieres que te ayude a alcanzar el mar?" La edad había doblegado la espalda del anciano, quien necesitaba un bastón para caminar. Sin embargo, cuando volvió la vista hacia Xiang, en sus labios surgió una sonrisa, frágil pero que se fortalecía con cada instante. "No," murmuró su abuelo. "Puedo con ello." Y así, descendió hasta donde las olas lamían la orilla, su bastón hincado en la arena suave. Al primer amanecer que tocó sus pies, su abuelo cayó de rodillas. Xiang se apresuró a su lado, con el corazón apretado por la ansiedad, pero entonces su abuelo rió. "Hace tanto tiempo que no veía el mar," dijo, y si en esa risa se mezclaban lágrimas, Xiang fue lo suficientemente sabio como para no mencionarlas. Su abuelo tomó un puñado de arena mojada y permitió que la próxima ola se la llevara. "Se siente... se siente como si fuera hogar," añadió, y entonces su sonrisa se tornó verdaderamente lacrimosa. "Ojalá estuviera tu padre aquí con nosotros. Ah... él habría amado este lugar. Lo sé." Su abuelo luchó por levantarse, y Xiang le ayudó a ponerse de nuevo en pie. "Este es un buen sitio, Xiang. Nuestra gente prosperará aquí." "Yo también creo lo mismo," susurró Xiang. "Es un lugar bueno... un buen hogar." Y así era. Cuando acompañaron al dragón de regreso a sus tierras, encontraron campos interminables de frutos abundantes y casas de piedra con techos de tablas finamente colocadas. Xiang y los otros tigre-personas quedaron maravillados con la bomba mágica que suministraba agua a cada casa y con el sistema que manejaba los desechos sin el caos que solía acompañar a otros lugares. La gente del pueblo era amistosa, y aunque al principio se mostraron sorprendidos por Xiang y su gente, él percibió que solo era porque nunca habían visto a otros tigre-personas antes. Sus sonrisas eran cálidas y hospitalarias, y cuando invitaron a todos ellos a una fiesta, no hubo malicia oculta, comentarios irónicos ni insultos velados. El dragón había hablado con verdad. Para él, todos eran iguales. Permanecieron en el pueblo unos días, descansando y conociendo mejor a quienes servían al dragón. Había enanos, humanos, monstruos y animales ascendidos. Todos trabajaban juntos a su mando, sus distintas habilidades entrelazadas en un tapiz que promovía el éxito de todos. Y su gente sería parte de ello. Se decía que sus tierras al sur eran ricas en peces y recursos marinos, con selvas y manglares cercanos donde se podían obtener todo tipo de recursos. Con el tiempo, quizás construirían un camino hasta su asentamiento, pero por ahora, lo más rápido sería subir en barco por la costa hasta un río que los llevara a alguna aldea. También podían volar. Varias criaturas voladoras habían aceptado acompañarlos hasta la costa, y había otras que, si tenían cuidado, quizá pudieran ser domesticadas o conquistadas. Xiang nunca había sido especialmente aficionado al vuelo, pero eso había cambiado al experimentar la nave voladora de los enanos y volar por la magia de Doomwing. Ahora ansiaba volver a surcar los cielos. La más

grande de las aves monstruo que los acompañaba era lo suficientemente grande para llevar a dos o tres personas a la vez, y Xiang ya había hablado con ella. La bestia construiría un nido cerca para sí y su familia, ayudando a los tigre-personas a cambio de una parte de su pesca. Sus alas veloces y su vista aguda serían sin duda útiles en los días venideros, no solo por su ferocidad en combate, armados con garras aceradas, picos temibles y magia de viento. El lugar de su asentamiento era una cala protegida, con la jungla a un lado y manglares al otro. La arena blanca los esperaba en la playa, y las aguas cercanas rebosaban de vida. Era un sitio excelente, mucho mejor que las tierras áridas que Xiang había imaginado comprar con sus premios en el torneo. "Vamos, abuelo," dijo Xiang. "Primero tenemos que decidir qué hacer." Le ayudó a regresar al campamento improvisado que habían montado. Doomwing se había ido a explorar los mares cercanos, dejando en su lugar a un doppelgänger llamado Hermano Dragón. Era un nombre extraño, que recordaba a los que solían ver entre los monjes bestia. "¿Qué opinas?" preguntó Hermano Dragón. "¿Crees que tu gente podrá sobrevivir aquí?" Su abuelo rió con ganas. "Podemos hacer mucho más que sobrevivir. Este será nuestro hogar, y traeré toda la abundancia del mar para ti." Sonrió. "Ya soy un anciano, pero todavía recuerdo bien mis días de pescador. Aquí los mares están llenos de peces, y esta cala protegerá nuestras embarcaciones de tormentas y aguas bravas. No hemos explorado aún los manglares, pero en estos lugares siempre hay cangrejos, camarones, langostas y otros animales similares. En cuanto a la jungla, no nos faltará madera, y allí hay muchos otros recursos." "Habrá que ser cautelosos," advirtió Xiang. "Soy fuerte para rechazar a la mayoría de los enemigos, pero puede haber peligros que no pueda afrontar." Quedó en silencio que si él no lograba detener algo, los demás tendrían pocas opciones. Era, con diferencia, el más fuerte de su gente. "No temas," dijo Hermano Dragón. "He llamado a los seres de los árboles. Aún no han llegado, pero los he convocado. Nos ayudarán a establecer el asentamiento y a protegernos de amenazas." Los ojos del dobléganger brillaron. "Y si hay peligros más allá de ti o de los seres arbóreos, yo me encargaré." "¿De qué manera?" preguntó Xiang. "Intentaré razonar primero. Los monstruos poderosos suelen tener algo de inteligencia. Si reconocen mi autoridad y siguen mis reglas, no veo razón para eliminarlos. Pero si se niegan y amenazan a mis sirvientes, los aplastaré." Como era de esperar en un dragón, la misericordia la ofrece desde una posición de fuerza abrumadora. "Este campamento será suficiente para unos días," dijo Hermano Dragón. "Pero pronto deberás construir casas dignas." "Sí," aceptó Xiang. "No será difícil. Tenemos experiencia en construir nuestras propias viviendas, y las herramientas que nos dieron los enanos son excelentes. Si tomamos madera del bosque, no nos tomará mucho tiempo." "Rechazaste la ayuda adicional de los enanos," señaló Hermano Dragón. "Con su magia y habilidades, podrían haberte edificado casas de piedra." "Es cierto," afirmó Xiang. "Pero esto... mi gente ha vagado durante tanto tiempo sin un hogar. Ahora que lo tenemos, queremos construir con nuestras propias manos. Tal vez sea sentimental o hasta ingenuo, pero es algo que debemos hacer." La sonrisa de Hermano Dragón se acentuó. "Conozco a un tigre-man yé. Él hablaba de lo orgullosamente independientes que son su gente. Lo que construyen, lo hacen con sus propias manos. Y lo que conquistan, lo toman con su fuerza. Esa independencia tiene sus virtudes, pero nunca olvides que ahora me sirves a mí. Tú y tu gente ya no están solos." Xiang inclinó la cabeza en señal de respeto. "Por supuesto." Y dio una palmada en la espalda a su abuelo. "Es solo media mañana, abuelo. Iré con otros hombres a recoger madera, suficiente para empezar a construir casas y barcos. Confío en que puedas supervisar la fabricación de las embarcaciones." Su abuelo infló el pecho con orgullo. "Puede que sea viejo, nieto, pero todavía sé hacer un buen barco de pesca. Tú y los jóvenes deberían considerar que suelo tener sabiduría, o quizás acabarán en un improvisado embarcadero sobre algún desguace." "¡Ja!" Xiang volvió a sonreír. Hacía mucho tiempo que no veía a su abuelo tan feliz, y eso también lo llenaba de

alegría. "Hago humildemente caso de tu consejo, abuelo." Se dirigió a Hermano Dragón. "¿Puedo dejar a las mujeres y niños aquí contigo?" "Ningún daño les sucederá mientras tú y los demás estén fuera," aseguró Hermano Dragón. "Pero estoy seguro de que hay tareas que pueden hacer mientras no estás." "Por supuesto," asintió Xiang. "Buscaré trabajo para ellas." Caminó hasta donde estaban las mujeres y niños. Todos los tigre-personas sabían pelear, pero sus días de vagar los habían llevado a valorar aún más la seguridad de sus seres queridos. No podían permitirse perderlos, y por eso los jóvenes se convirtieron en mercenarios y aventureros, asumiendo riesgos que podían traerles dinero o peligro. "Esposo," dijo su esposa Hua, sosteniendo a su hijo menor mientras sus otros tres hijos jugaban cerca. Para su alivio, no parecían afectados por su derrota en el torneo. Agradecía a Antaria por eso. Cuando conocieron a los niños, la princesa los alabó, diciendo que Xiang era de lejos el más fuerte de sus oponentes, y que solo la buena suerte y la preparación le permitieron triunfar. Los niños quisieron mucho a la princesa, quizás porque ella los miraba con ternura. Estaban acostumbrados a que otros los miraran con temor y desconfianza, pero la princesa los recibió con calidez y los trató como niños normales. Incluso respondió pacientemente a las muchas preguntas de su hija sobre su cabello. Los tigre-personas no tenían cabello largo como los humanos. Sus cabezas se parecían a las de los tigres. Por eso, su hija encontró fascinante el cabello largo. La princesa, con paciencia, le explicó ventajas y desventajas, sobre todo en combate. Además, a sus hijos les encantaba su compañero mapache, Filch. Aunque el mapache los miraba con recelo, permitió que los niños lo sobornaran con comida—una estrategia sugerida por Antaria. Ver a sus hijos preocupados por cuándo volverían a ver al travieso mapache, en lugar de temer por su comida o techo, le hacía sentir muy satisfecho. "¿Cómo va todo?" preguntó Xiang. Su esposa tenía talento como alquimista y herbolaria, y Hermano Dragón prometió enseñarle a ella y a quienes mostraran potencial. Ella también llevaba la gestión de los suministros, y había desarrollado una mente astuta para administrar el dinero. "Estábamos bajos en provisiones, pero nos dieron muchas antes de partir del pueblo. Ahora tenemos suficiente para dos semanas, aunque no será difícil conseguir más comida y agua." "Sí," dijo Xiang. "Encontramos un manantial cercano, así que el agua no será problema. Pienso construir nuestra aldea a su alrededor." "Es una buena idea," comentó Hua. "¿Vas a ir con los hombres al bosque para cosechar madera?" "Sí," respondió Xiang. "Mientras estamos allí, empezaremos a despejar tierra alrededor del manantial y a revisar por monstruos y amenazas. Tenemos casi todo el día, así que podremos avanzar mucho antes de volver al caer la noche." "Ten cuidado," advirtió Hua. "Eres fuerte, pero si el enemigo es más poderoso, pide ayuda a Hermano Dragón." "Lo haré," aseguró Xiang. "También estamos esperando ayuda de los seres arbóreos pronto. No sé exactamente cuándo llegarán, pero se dice que son muy fuertes." "Cuando tengas la zona segura, envíame un mensaje," dijo Hua. "Puedo llevar a algunas mujeres y niños a recoger plantas y hierbas útiles. Ya he visto varias, y siempre es bueno tener buen suministro." "¿Y mientras tanto, ustedes podrán terminar de montar el campamento?" preguntó Xiang. "¿Quizá poner algunas barreras o tal?" "Por supuesto," afirmó Hua. "Será buena práctica y también es momento de que algunos niños vean cómo se hacen." Las barreras tenían muchas formas y tamaños. Los tigre-personas usaban grandes postes de madera especial que clavaban en tierra. Estaban imbuidos con magia y servían para varias funciones: repeler plagas, animales y monstruos débiles. Xiang recordaba las que rodeaban su antigua casa: docenas de postes tallados con precisión que rodeaban su aldea. No era muy hábil en esa tarea, pero Hua tenía destreza, y otras mujeres eran especialmente talentosas. Una anciana podía hacer barreras curativas, aunque sus efectos eran más lentos y débiles que tomar una poción. Hermano Dragón también mostró interés en las barreras, diciendo que podrían mejorarse con ciertas técnicas alquímicas. Xiang no entendía mucho, pero su esposa quedó impresionada y prometió

aprender todo lo posible de él. "Muy bien," dijo Xiang. "Dejo el campamento en tus manos, esposa." "Ten cuidado, esposo." Xiang partió con más de una docena de tigre-hombres. Todos eran veteranos, aunque ninguno tan fuerte como él. Sabían lo afortunados que eran de tener esta oportunidad y no pensaban desperdiciarla. Antes de partir, Xiang recordaba las enseñanzas de un mercenario humano cuyo padre había sido leñador. Él le explicó qué buscar al cortar árboles y cómo derribarlos con seguridad. Xiang se preguntaba por qué le enseñaba, pero sabe que el trabajo militar y de construcción requiere preparación. Gracias a su fuerza y talento con las herramientas, muchas veces ayudaba con esos trabajos. El mercenario, que ya se retiraba, usó su dinero para abrir un tavern en una ciudad popular, pero Xiang nunca olvidó sus consejos ni su amabilidad. El mercenario no tenía por qué enseñarle, podía simplemente ordenarle, pero eligió compartir su saber, y esa es la razón por la que se sintió triste al verlo partir, aunque feliz por haber aprendido tanto. La mayoría de los mercenarios no tenían esa suerte. El grupo inspeccionó el área en busca de amenazas, y Xiang empezó a señalar los árboles que debían talar y cómo hacerlo. Sus compañeros no tenían tanta experiencia, pero sabían seguir instrucciones. La idea de construir su propio hogar llenaba a todos de entusiasmo. Sin embargo, al avanzar el día, Xiang notó un cambio en el ambiente. Hasta entonces, solo habían visto animales comunes, fácilmente ahuyentados. ¿Qué podía hacer un tigre o un leopardo frente a un tigre-man? Los pocos monstruos que vieron se retiraron al sentir las probabilidades en su contra, desapareciendo en la jungla. Pero ahora, Xiang había enviado a dos hombres a vigilar, pues no podían permitirse descuidos. La atmósfera, sin embargo, era diferente. No podía precisar qué. Los pájaros cantaban, la jungla seguía llena de movimiento y ruidos. Y, sin embargo, sus instintos, los que le habían protegido en combate durante años, le decían que algo se acercaba, una amenaza que debía vigilar.

"¡Deténganse!" gritó, señalando a los demás que dejaran sus hachas y sierras. "¡Preparaos para la pelea!" Enseguida empuñaron sus armas, y tenían razón. De los árboles altos y en silencio surgió uno de los seres arbóreos, una criatura que medía al menos treinta pies. Era vagamente humanoide, sus ramas y raíces formando sus extremidades, mientras su tronco constituía su cuerpo. En lo alto, en la madera, se distinguía un rostro, y se detuvo en medio del paso para observarlos. "No hagáis locuras," advirtió Xiang a sus hombres. "Los seres arbóreos aquí no son enemigos." Se aclaró la garganta y levantó la voz para dirigirse al árbol. "Salud. Soy Xiang. Mi gente y yo servimos a Doomwing." "Hmm..." El ser terminó de emitir un gruñido grave, como una ladera que se desploma en medio de una tormenta. "Dijeron que tigre-personas vendrían aquí. Deben ser ustedes." El árbol miró más allá, a los árboles talados, y Xiang se preguntó qué sentiría al respecto. "Tienes buen ojo para la madera." "¿No te molesta?" preguntó Xiang con cautela. El árbol soltó una carcajada. "¿Molestarme? ¿Piensas talar toda la jungla, o solo tomas lo que necesitas? Nosotros no somos como tú. No resistiríamos el viento, el frío ni la lluvia. Necesitáis casas, y para eso, madera. Tened cuidado en vuestro proceder, no toméis más de lo que precisáis, y no os enfadaré." Añadió en tono más amable. "Esas árboles no eran mis parientes, y otros los reemplazarán pronto." "Gracias por entender," afirmó Xiang, inclinando la cabeza. Sus compañeros hicieron lo mismo. Este árbol tenía más magia que Xiang y Antaria combinados, y por mucho.

"¿Cómo deberíamos dirigirme a ti?" "Una buena pregunta." El árbol hizo sonidos que recordaban el canto de una ballena que había oído de niño. "Ese es mi nombre, pero tú no puedes hacer tales sonidos, ¿cierto? Llámame Raíces-Profundas." "Yo soy Xiang," respondió. "Encantado de conocerte. ¿Viniste aquí para ayudarnos?" Raíces-Profundas asintió. "Vigilaré a tu gente y alejaré a los monstruos que amenacen tu asentamiento." Hizo una pausa. "Pero no te acompañaré más allá del límite de tu campamento." "Ah." Xiang entendía ahora. Doomwing quería que estuvieran seguros en sus hogares, pero también que tuvieran oportunidad de probarse y crecer. "Tu ayuda es muy

bienvenida." Señaló con un dedo. "El resto de mi gente está por esa dirección. Ellos permanecen en la playa por ahora." "Buena decisión. Continúen con su labor, tigre-man. Cuando caiga la noche y tengan que abandonar este lugar y regresar a la playa, yo vigilaré aquí. Sus trabajos y materiales estarán seguros." Xiang se sintió satisfecho con eso. Sería problemático poner guardias aquí, pero no podían abandonar sus recursos sin protección. "Gracias. Por cierto, ¿hay monstruos en esta jungla con los que debamos tener cuidado?" "Muchos monstruos podrían ser una amenaza si no tenéis precaución, pero tenéis fuerza suficiente para enfrentarlos o al menos escapar, siempre que estéis atentos y uséis vuestra astucia. Sin embargo, algunos debéis evitarlos a toda costa." Xiang reprimió un escalofrío. La voz del árbol era plana, sus palabras más una orden que un consejo. "¿Quiénes?" "Una hydra anciana que domina gran parte de la jungla. Podría acabar con vuestra gente con facilidad. Ni siquiera yo podría enfrentarla y vivir. Si mis congéneres vinieran a apoyar, quizás la derrotaríamos, pero pocos de nosotros sobrevivirían." Los ojos de Xiang se abrieron sorprendidos. "¿Existe tal criatura aquí? ¿Por qué no la han expulsado si es tan fuerte?" "Servimos a Doomwing, y ella no es tonta. Sabe que si enfada a Doomwing, morirá. Incluso una hydra antigua no podría resistirlo. Quedan pocas hydras primordiales en el mundo." "Entonces, ¿debemos evitarla?" preguntó Xiang. "Sí. Ella y su descendencia viven en lo profundo de la jungla. Es poco probable que la encuentren, pero si la ven, huyan. Os dejará ir. Sospecho que pronto buscará a Doomwing para establecer condiciones." "Seremos cautelosos," prometió Xiang. "¿Y qué otros peligros debemos evitar?" "Hay varias tigresas espirituales y algunos guepardos fantasmas. Podrían matarlos, pero casi nunca salen durante el día y solo habitan en las partes más profundas de la jungla. Si yo o alguno de los demás seres arbóreos estamos con vosotros, estaréis a salvo. Nuestra magia puede dañarlos, y son demasiado resistentes para enfrentarse a ellos." Raíces-Profundas hizo otro gruñido bajo. "Y cuidado con las aves. Los dracos y dragón-voladores anidan en lugares altos. No se acercarán a Doomwing ni a su doble, pero si salís al campo abierto, podrían atacaros." "Muchas amenazas," reflexionó Xiang. "Pero también oportunidades." Miró a sus compañeros. "Por extraño que parezca, me alegra eso. Aunque anhele la vida tranquila de pescador, no puedo negar que cada batalla ha pulido mis habilidades y aumentado mi poder." "Así es el camino," concluyó Raíces-Profundas. "Existen muchas sendas hacia la fuerza, pero una existencia sin lucha rara vez lleva a un verdadero poder."

El Hermano Dragón contemplaba el horizonte marino, mientras las olas se detenían suavemente a pocos pasos de sus garras. Doomwing navegaba muy lejos en el mar. Había detectado algunas actividades extrañas en esa zona. Seguramente no era nada, pero lo último que deseaban era que un kraken o un leviatán apareciera y destruyera la costa. Sus largos años de sueño podrían haber fortalecido a algunas de las criaturas marinas más grandes, por lo que un recordatorio de su presencia y poder podría ser necesario. Tal vez incluso se cruzaría con algunos seres mermados. Por un lado, sería beneficioso si existieran con quienes comerciar, ya que muchas cosas del fondo del océano no se consiguen fácilmente en tierra. Por otro lado, si los merfolk se acercaban demasiado, podría haber una disputa por el territorio. Los resultados de tal conflicto eran evidentes, pero aún así sería un asunto cansino, especialmente si un kraken o un leviatán primigenio se presentaban. "Hermano Dragón." Era Hua. "¿No te unirás a nosotros?" Él se volvió. La noche había caído hacía algún tiempo, por lo que los hombres-tigre ya se habían reunido en su improvisado campamento en la playa. Todos estaban de buen ánimo, especialmente desde que el abuelo de Xiang había tomado una canoa rudimentaria y había remado mar adentro, regresando con una buena cantidad de peces. Él estaba impresionado. No pensó que el viejo hombre-tigre tuviera esa habilidad, pero a pesar de su agotamiento y de tener que ser ayudado a salir de la

canoa por Xiang, había estado sonriendo de oreja a oreja. "Aún no soy inútil," había exclamado. "Y alguien tenía que probar la canoa. Podría haber sido yo, considerando que sé más sobre pesca que ustedes dos puestos a aprender." Xiang suspiró profundamente y llevó a su abuelo de regreso al campamento, negándose a dejarlo caminar. Sin embargo, los peces se convirtieron en el plato principal de la cena, y los hombres-tigre se reunieron alrededor de las fogatas para conversar, comer y divertirse. "Soy un doppelgänger," explicó. "A pesar de mi apariencia, no necesito consumir alimentos comunes. En cambio, puedo subsistir con magia ambiental." "Oh." Hua sonrió. "Pero incluso si no comes, ¿no puedes disfrutar de nuestra compañía?" El Hermano Dragón meditó la propuesta. "Hace mucho que no comparto una hoguera con un hombre-tigre." "Has mencionado conocer a un hombre-tigre varias veces," dijo Hua. "¿Serías capaz de contarnos algo acerca de él?" El Hermano Dragón observó más allá de ella hacia los otros hombres-tigre. Jóvenes y ancianos sonreían felices. Sus vientres estaban llenos y hablaban del brillante futuro que les esperaba. Casi podía imaginar a su viejo amigo sentado entre ellos, con su túnica y el sombrero de paja de ala ancha que usaba frecuentemente cuando viajaba. Le habría gustado este lugar, y habría estado más que feliz de contar un par de historias junto a la hoguera, cada una con una enseñanza, por supuesto, porque así era su orden: envolver las lecciones en relatos comprensibles incluso para un campesino. "Quizá podría compartir una historia," dijo el Hermano Dragón mientras la acompañaba alejándose de las olas y acercándose a la fogata.

"Vuelve a llover", comentó el Hermano Tigre con tono pausado. "No que importe mucho para ti." Doomwing se rió entre dientes. Su cuerpo real estaba a cierta distancia, atendiendo una disputa entre un grupo de dragones jóvenes. Honestamente, no eran mucho mejores que los crías, y lo que llamaban una batalla mortal entre ellos apenas se diferenciaba de una pelea de juegos. Sería divertido si uno de sus padres no fuera un dragón primordial que amenazaba con intervenir en favor de su hijo. En lugar de eso, su constructo acompañaba al Hermano Tigre mientras el monje avanzaba hacia el norte. Este no tenía un destino definido, pero hacía tiempo que no pasaba por aquel camino y sentía curiosidad por ver si algo había cambiado. "Yo podría decir lo mismo de ti", respondió Doomwing. Días de lluvias intermitentes habían suavizado el camino, pero la tormenta de la noche anterior lo había convertido en un lodazal. Sin embargo, ni él ni el Hermano Tigre encontraban muchas dificultades. El constructo de Doomwing podía usar hechizos que repelían el barro y le permitían caminar sin obstáculos a través del fango. El Hermano Tigre también dominaba varias técnicas que facilitaban mucho atravesar aquella carretera-like pantanosa, mucho más que un viajero común podría hacerlo. "Allí adelante parece haber una posada", comentó el monje. Su vista no era tan aguda como solía ser, pero seguía siendo más clara que la mayoría. "Quizá podamos detenernos y preguntar por asuntos locales. También puedo ofrecer ayuda, siempre hay heridas que sanar o equipo a reparar en este clima." "Por supuesto", respondió Doomwing. "Esperemos que sea más tranquila que la última posada." Pocos minutos después de su llegada, la posada se convirtió en un campo de batalla, cuando grupos rivales de mercenarios llegaron a la misma hora en busca de hospedaje. Horas antes, habían sido demasiados para que cupieran en las habitaciones disponibles. El Hermano Tigre intentó mediar, pero los matones estaban ansiosos de pelear. Al final, Doomwing los había noqueado con unos conjuros y robado sus pertenencias para pagar los daños causados. Los despertó y los arrojó a un arroyo cercano. Casi se decepcionó al ver que, en lugar de vengarse, la mayoría se había esfumado con inteligencia. "Con justicia", añadió el Hermano Tigre, con una sonrisa leve. "Solo encontramos violencia en cerca de una décima parte de las posadas que visitamos, y suele ser de borrachos, donde los que pelean no son más peligrosos para otros que para sí mismos." "Verdad". Doomwing se rió. "Y escuchar al

monje dando sermones sobre los males del alcohol siempre resulta divertido." "No es la borrachera el problema", afirmó el Hermano Tigre. "Es la pérdida de control. Ya sea alcohol, combate o magia, perder la paciencia y reaccionar con violencia no es forma de vivir. La moderación es la clave. Tener control sobre uno mismo y su entorno empieza por controlarse a uno mismo." Hizo una pausa. "Aunque eso no siempre es fácil." "Una lástima que muchos disfruten el exceso", replicó Doomwing. "Y antes de que digas algo, sé que atesorar tesoros también puede considerarse una forma de exceso." El Hermano Tigre contuvo una sonrisa. "No voy a sermonearte otra vez, amigo. Además, tú eres un dragón. Me preocuparía más si no atesoraras tesoros." No tardaron en llegar a la posada, donde encontraron a un pequeño conejo-jo siendo reprendido por un comerciante furioso. El hombre cabra gesticulaba con entusiasmo, mientras el conejo se encogía más con cada palabra. La mirada del Hermano Tigre se endureció y aceleró el paso. "Buenas tardes", dijo. "¿Puedo preguntar qué sucede?" El comerciante giró la cabeza y estuvo a punto de continuar su reclamo, pero las palabras se le quedaron en la boca al notar la túnica del Hermano Tigre. Sus monjes eran respetados en toda la tierra, y a un comerciante que los trataba mal no le quedaba más que ser excluido de la sociedad cortés. "Ah... maestro monje..." El comerciante respiró profundamente para calmarse y señaló al conejo. "Disculpe el alboroto, pero atrapó a este ladrón saliendo de mi carreta. Solo pido que se le aplique el castigo adecuado." "¿Un ladrón?", observó el Hermano Tigre, mirando entre el comerciante y el conejo. Para Doomwing, si el niño era un ladrón, debía ser muy torpe. La ropa gastada no dejaba escondidos objetos robados, y parecía aterrorizado. Además, ¿qué clase de ladrón se arriesgaría a robar en una carreta en medio de la nada? "¿Estás seguro de que es un ladrón?", preguntó el monje. "¿Por qué más saldría de mi carreta?", replicó el comerciante. "¿Realmente ha robado algo?", insistió el Hermano Tigre. "Bueno... no parece faltar nada, pero quizá lo atrapé antes de que pudiera escapar con las mercancías." "¿A dónde podría irse?", indagó el monje. "Este puesto es lo único que hay en kilómetros." "Quizá trabaja para la posada", sugirió el comerciante. "Robando a los viajeros cuando bajan la guardia." La frase le valió una mirada fulminante del enorme toro que regenteaba la posada, y el comerciante retrocedió con temor. Los hombres cabra eran resistentes, pero en fuerza no tenían mucho que hacer frente a un toro. "El dueño de la posada es un toro", afirmó el Hermano Tigre. "Y dudo que alguna de sus empleadas sea coneja." Se dirigió al toro. "¿Es así, señor?" "Así es, maestro monje. Mi personal son vacas como yo. No hay conejas entre nosotros." El toro frunció el ceño a los cabra, quien bajó la cabeza en señal de disculpa. "Lo lamento, no lo había visto antes." "Si no me equivoco", comentó el Hermano Tigre, "existe un pueblo de conejas quizás a un día de marcha de aquí. ¿Pasaste por allí?" Los ojos del hombre cabra se agrandaron al entender la insinuación y, por su expresión, no se le escapó la idea. "Sí... sí, pasé por ese camino." "Ya veo. Creo entender qué ocurrió." El monje se arrodilló, aunque su gran estatura aún lo mantenía por encima del niño. "Hijo, ¿sabes qué soy yo?" "Un monje", respondió el conejo. "Sí. Eso. Ahora, sabes que es un pecado grave mentirle a un monje, ¿verdad?" El niño asintió rápidamente. "Muy bien. Ahora, dime la verdad. ¿Por qué estabas en la carreta del comerciante?" El niño vaciló unos instantes. "Hablar con sinceridad", le pidió el monje, "Soy un monje. Te protegeré, pero debes decir la verdad." El niño olfateó y respondió: "Jugaba a las escondidas y pensé que sería buena idea esconderme en la carreta. Funcionó. Nadie me encontraba, pero me quedé dormido, y lo siguiente que supe fue estar aquí." "¿Qué historia más convincente!", exclamó el hombre cabra con voz fuerte. "Yo—" El Hermano Tigre miró al comerciante y Doomwing contuvo una risotada. La expresión en su rostro y el hielo en su mirada decían mucho más que sus palabras. "¿De verdad crees que este niño es un ladrón? Quizá al principio lo pensaste, pero pareces un mercader de cierta categoría. Debes ser lo suficientemente sabio para aceptar que dice la verdad." El

comerciante quería hablar, pero el monje le interrumpió: "¿Vas a anteponer tu orgullo a la verdad?" El comerciante se hundió un poco, vacilando. "Tal vez me equivoqué. Pero, ¿qué hago ahora? No puedo volver con él a su pueblo, tengo compromisos. No puedo dar la vuelta otra vez." Al escuchar esas palabras, el niño se puso pálido, lo cual era impresionante dada la blancura de su pelaje. "Pero... ¿qué hago entonces?" "Voy hacia el norte. Lo devolveré a su pueblo", prometió el Hermano Tigre, acariciando suavemente su cabeza. "No te preocupes, pequeño. Te llevaré sano y salvo." El niño dejó escapar un suspiro. "Gracias." El monje sonrió y se levantó. "Los errores suceden de vez en cuando", le dijo al comerciante. "Nadie es perfecto. ¿Cómo podemos esperar perdón por nuestros errores si no perdonamos a los demás?" El comerciante suspiró profundamente. "Pero estos días difíciles, sé lo complicada que puede ser una jornada en un camino embarrado. Quizá no manejaste la situación como debías, pero siempre hay oportunidad de hacerlo mejor la próxima vez." "¡Por supuesto!" El comerciante se animó. El Hermano Tigre le ofrecía una salida, una manera de salvar la cara a pesar de su error. "Haré lo posible por mejorar." Mientras el comerciante se alejaba, el monje invitó al niño conejo a acompañarlo a la posada. "Ven, hijo. Tienes hambre. El crepúsculo no está lejos, y la lluvia empeora. Mañana comenzaremos el viaje de regreso a tu pueblo." Doomwing los siguió, ignorando las miradas extrañas que recibió. La mayoría pensaba que su constructo era un dragón bebé, y estos rara vez estaban lejos de sus padres. No era de extrañar que las miradas no solo fueran preocupadas, sino también desconfiadas, especialmente bajo un cielo cada vez más nublado. Mientras el Hermano Tigre y Haruto comían, el niño se presentó. Su nombre era Haruto. Su familia vivía en un pueblo de conejas y había sido campesina por generaciones. Nunca había visto un hombre tigre antes, mucho menos un monje tigre, así que tenía muchas preguntas, las cuales el Hermano Tigre respondió con gusto. "¿Piensas convertirte en monje?", preguntó el monje tras que Haruto dejara de preguntar para comer. "No", respondió Haruto, y agregó rápidamente, "Pero no es que piense que los monjes sean malos. Son geniales. Pero me gustaría ser un héroe." "¿Un héroe?", sonrió el monje. "Existen muchos tipos de héroes. ¿Qué clase quieres ser?" Haruto hizo un gesto de corte con la mano. "¡Quiero salvar princesas y matar dragones!" Doomwing aclaró su gargantilla, y el niño se quedó pálido. "¿Matar dragones?" "Solo los malos", respondió rápidamente Haruto. "No los buenos." El monje sonrió. "No temas. Mi amigo solo te está bromeando." "¿Cómo te llamas?", preguntó Haruto a Doomwing. "Se me olvidó preguntarte antes." "Yo soy Doomwing." "¿Doomwing?", frunció el ceño Haruto. "Mi padre me contó algunas historias de un dragón llamado Doomwing, pero dicen que es enorme. Que puede arrancar montañas, incendiar mares y atravesar el cielo con su magia." El niño hizo una mueca. "Pero no pareces muy grande para ser un dragón." Doomwing sintió la tentación de aparecer en el edificio, solo para ver la reacción de Haruto. Sus pensamientos debieron reflejarse, porque el Hermano Tigre se contuvo. "Creeceré", fue todo lo que dijo Doomwing. "Y tampoco eres tan grande." "¡Eh!", exclamó Haruto. "¡No soy tan pequeño!" El dueño toro de la posada había estado atento a la conversación, fingiendo trabajar en un libro mayor. Se rió, y Haruto soltó un grito de desconcierto, hundiéndose en su silla. "Vaya, puede que sea pequeño, pero no soy tan chica como las conejas". Eso era verdad. Las conejas suelen ser rápidas y ágiles, pero no grandes. En cambio, los vaca-hombres son conocidos por su fuerza y resistencia. "El tamaño no lo es todo", dijo el Hermano Tigre. "Lo importante es el valor, y la fuerza sin compasión puede ser usada para el mal." Le dio una palmada en la cabeza a Haruto. "Y no todos los héroes usan espadas. Algunos usan magia, otros su ingenio, y hay quienes manejan sus palabras." "Supongo...", refunfuñó Haruto. Esa noche durmieron en la posada. Haruto no logró dormir con facilidad, así que el Hermano Tigre le enseñó un ejercicio de meditación. La técnica funcionó y el niño despertó al día siguiente diciendo que se sentía más sabio, para disimular que se había quedado dormido. "El clima parece haber

mejorado", comentó el monje al salir. "El camino se ha secado un poco. Hmm... Doomwing, ¿puedes ayudar a Haruto?" Doomwing suspiró. "Muy bien." El niño saltó de alegría cuando Doomwing usó su magia para facilitarle la caminata. "¿Qué hiciste?", preguntó el niño. "Usé un hechizo que te permite caminar por el barro sin problema. Ya eres más pequeño que nosotros. Nos tardaríamos horas en llegar a tu pueblo si tienes que arrastrarte." "Oh." Haruto caminó sobre el camino y dio un paso, colmado por la alegría al comprobar que sus pies no se hundían. "¡Esto es genial!" "No gastes toda tu energía en la marcha", aconsejó Doomwing. "Porque el Hermano Tigre ya está muy viejo para cargarte, y yo, menos." "No te preocupes", prometió Haruto. "Puedo llegar solo." Sin embargo, el conejo no pudo volver por sí mismo. Aunque lo intentó con todas sus fuerzas, era demasiado joven y pequeño para seguirles el ritmo. Finalmente, el Hermano Tigre decidió cargarlo, y Doomwing usó un hechizo para reducir su peso a casi nada. Su amigo ya no era un muchacho joven. Llegaron al pueblo poco antes de la puesta del sol y, en poco tiempo, Haruto fue sacado de los brazos del monje y recibido con un fuerte regaño que no olvidaría. Su madre, una furiosa coneja, parecía a punto de escupir fuego, tan enojada que Doomwing casi podía imaginarla respirando llamas. Sin embargo, también era evidente que, salvo Haruto, todos veían en ella un profundo alivio y la llenaron de elogios por devolverle a su hijo. Los hombres del pueblo habían buscado toda la noche sin éxito, temiendo lo peor. La llegada del niño era como un milagro, y ella ofreció alojamiento y la mejor comida posible. La casa de Haruto era modesta y algo apretada, con sus padres y cinco hermanos. Los conejos suelen tener familias grandes, y la de Haruto no era excepción. Él era el menor, con hermanos mayores ayudando en el campo y hermanas tejiendo. "Maestro monje", preguntó el padre de Haruto después de la cena. "¿Puedo pedirle un consejo?" Sonrió el Hermano Tigre mientras Doomwing distraídamente atendía una disputa. "Por supuesto. ¿En qué puedo ayudar?" "Estamos recolectando la cosecha, pero hemos tenido algunas lesiones—más de lo habitual, para ser sinceros. También hay unas mujeres esperando hijos en estos meses." Se encogió de hombros. "Parece que sucede siempre en época de cosecha. La anterior curandera falleció el año pasado. Su aprendiz hace lo que puede, pero aún es joven... Me da vergüenza preguntar, considerando todo lo que ya ha hecho por nosotros al devolver a mi hijo, pero... ¿sabría usted algo sobre curación?" "Lo haría", respondió el Hermano Tigre. "Con gusto puedo atender a los heridos y ofrecer orientación." "Gracias." El conejo inclinó la cabeza en señal de respeto. "Sería de gran ayuda si pudiera hacerlo." Al amanecer, Doomwing acompañó al Hermano Tigre en su trabajo con los heridos, las embarazadas y la joven curandera, aunque no esperaba aprender nada muy interesante—la magia de los conejos era tosca y de escasa potencia, sin mucha sofisticación. Pero no había daño en observar. Aunque no descubriera nada nuevo, podía inspirar alguna idea. Los heridos tenían diversos males, la mayoría manejables por el monje. Sin embargo, el tiempo era un problema: sanarles llevaba semanas, y la cosecha terminaría antes. Sin magia, probablemente quedarían discapacitados, pero aún había que cosechar. Los embarazados estaban en buen estado, aunque Doomwing había observado que el parto era la fase más peligrosa, con riesgos de complicaciones en minutos, y mágicas que actúan lentamente son inútiles en esos casos. La joven curandera, una coneja, mostraba talento, aunque sus técnicas eran básicas comparadas con las de Doomwing. Pero ella se esforzaba y usaba lo que tenía, y el Hermano Tigre la alababa por su creatividad. Ella necesitaba más experiencia y técnicas mejores. El tiempo se lo daría, y él prometió enseñar lo que pudiera. Por la tarde, encontraron a Haruto en el campo, donde, tras terminar sus tareas, se había dirigido a un rincón alejado, donde sacó algo de un árbol muerto hace tiempo. Era una espada—una hoja rota y oxidada, probablemente encontrada enterrada cerca. Con una sonrisa, empezó a ondearla y a blandirla sin cuidado. "Debes detenerlo antes de que se corte el brazo—si esas hojas pueden tanto", advirtió Doomwing. Pero el

Hermano Tigre permanecía congelado, fijando la mirada en el arma. "¿Qué pasa?", preguntó Doomwing. "Reconozco esa espada... o al menos, muchas similares a ella", dijo el monje. "Antes de ser monje... los soldados a mi mando usaban espadas como esa." "¿Crees que los tigres luchan con garras?", preguntó Doomwing. "Sí, preferimos luchar con garras. Pero los tigres débiles tienden a romperlas en batalla, por eso también usamos espadas." El monje se estremeció. "Si encontré una así cerca... esta aldea... ah, ya entiendo." "¿Qué pasa?", volvió a preguntar Doomwing. "Mi hermano fue llamado a quemar esta zona. Debí ser detenido antes de que pudiera hacerlo. Si no, toda la aldea habría quedado arrasada y sus habitantes asesinados." El monje tragó con dificultad, y Doomwing supo que ya no veía solo la aldea, sino un campo de cenizas y sangre. "Aún parece que no puedo escapar de mi pasado", musitó. "Yo...", empezó. "¿Hermano Tigre? ¿Doomwing?", los vio Haruto. El niño los miró y, en un impulso, bajó la cabeza, donde sostenía la espada rota. "Yo...", balbuceó. "La estás sosteniendo mal", dijo suavemente el monje. "¿Eh?" "Es que la sostienes mal." El Hermano Tigre tomó un palo y adoptó una postura. "Deberías sostenerla así, y usar esta postura." Los ojos de Haruto se abrieron en sorpresa. "¿¿¿¿En serio???? ¿Así se usa una espada?" "Es una forma", murmuró el monje. "Intenta copiarla." Sin poder creer su buena suerte, el niño se apresuró a imitarle. Sus movimientos eran torpes, pero se esforzaba. Tras repetir varias veces, el monje dejó de mostrar y empezó a corregirlo directamente. La práctica duró casi una hora, y ya casi no podía mantenerse en pie. "¿Cómo sabes usar una espada?", preguntó Haruto. "Pensé que los monjes no peleaban." "No siempre fui monje", respondió el monje y se sentó frente a él. "Haruto... ¿sabes qué es una espada?" "Eh... una espada?", balbuceó Haruto. Doomwing se rio, y el niño lo miró con furia. "¡Eh!" "Una espada es una herramienta, Haruto, y no es ni mejor ni peor que el que la maneja. En manos malvadas, puede ser un arma de terror y sufrimiento. En manos buenas, puede traer libertad y protección." Haruto quedó en silencio, atento a cada palabra. La intensidad en la voz del monje hacía que pareciera más serio que antes. Aunque no entendía del todo, supo que esas palabras eran importantes. "Eres joven, Haruto", dijo el monje. "Inocente. No conoces lo terrible que puede ser el mundo, el sufrimiento, la tristeza y el desamor que puede infligir. Ruego que nunca lo sepas. Pero si quieres ser un héroe, si realmente deseas caminar el camino de la espada, deberás aprender esas cosas. Yo también las he vivido." El monje intentó tomar la espada rota, pero se detuvo justo antes de tocarla. "Haruto... una vez que quitas una vida, no hay regreso." "¿Quiere decir que nunca debo matar?", preguntó el niño. Era joven, pero inteligente. Se imaginaba lo difícil que sería ser héroe sin matar alguna vez. "No eres monje, no has hecho un voto de nunca matar. Pero matar... cambiará quien eres, y si matas, no podrás deshacerlo. Estarán muertos, ya sea que lo merecieran o no. Y, por muy difícil que parezca, Haruto, matar puede volverse muy sencillo: una, dos, diez, mil... demasiadas veces." El niño se quedó pálido, y la espada se le escapó de las manos. "Ojalá pudiera decirte que nunca tendrás que matar. Pero el mundo... no siempre es justo. Tal vez llegue un día en que matar sea tu única opción. Quizá sean bandidos atacando tu pueblo, o un monstruo que amenaza a tu familia, o un ejército que arrasa con todo. Cuando llegue ese día, quizás debas matar. Pero, primero, busca otra solución. Pregúntate si realmente tienes que sacar tu espada. Y si debes matar, si debes luchar, recuerda esto:" "¿Qué?", preguntó Haruto. "Si no hay otra alternativa, si no puedes evitarlo, no dudes. No pienses solo en las vidas que matarás, sino en las que morirían si no lo hicieras. No debes quitar una vida a la ligera, pero si estás en la posición de hacerlo, no titubes, no te apartes, cumple tu deber. Mata si es necesario, para que otros puedan vivir. Matar, en realidad, es una carga muy grande—una carga que un héroe debe llevar con fuerza." "¿Antes de ser monje... eras un héroe?", preguntó Haruto. El monje negó con la cabeza. "No, no era un héroe. Cometí errores al matar cuando no debía, y no maté cuando debía. La culpa de esas fallas fue demasiado para mí." "Oh."

"No pasa nada si aún no entiendes", dijo el monje. "Y espero que nunca tengas que entenderlo. Pero recuerda mis palabras, Haruto, y que te brinden consuelo y sabiduría si alguna vez las necesitas." "De acuerdo. Lo recordaré." Permanecieron en el pueblo casi dos meses, lo suficiente para la cosecha, para que los heridos se recuperaran y las embarazadas tuvieran sus hijos con seguridad. El Hermano Tigre enseñó a la curandera todo lo que pudo, mientras seguía entrenando a Haruto. Para sorpresa de Doomwing, el conejo parecía tener talento con la espada. Cuando llegó el momento de partir, los aldeanos los despidieron con sonrisas y lágrimas, con Haruto prometiendo volver cuando fuera un héroe en su propio derecho. La primera noche fuera del pueblo la pasaron bajo un árbol. "¿Cuántos años crees que me quedan?", preguntó el monje, mirando el fuego. "Al menos diez", dijo Doomwing. "Eres viejo, pero aún conservas fuerza." "¿Diez años?", murmuró el monje con una sonrisa triste. "Ya han pasado tantos, y todavía me queda mucho por recorrer..." Se sacudió. "Tenía una duda, pero... ¿qué creen los dragones sobre la muerte? ¿A dónde van nuestras almas?" "Hay un ciclo infinito de muerte y renacimiento", respondió Doomwing. "Eso nos enseñaron los creadores, y yo lo creo así." "¿Lo has visto?", preguntó el monje con curiosidad. "No. Hay cosas más allá de mi magia." "Qué lástima. Iba a preguntar cómo se veían." El monje sonrió débilmente. "¿Sabes qué creen los tigres? Según nuestros antepasados, llegamos en barcos desde el otro lado del mar. Creemos que, al morir, nuestras almas vuelven cruzando el mar a la tierra de los ancestros. La llamamos la orilla final, y dicen que allí nos reciben los que amamos y nos aman. Me pregunto... ¿habrá alguien que me reciba?" "Creo que sí, muchos", contestó Doomwing. "Quizá no sean tigres, pero habrá otros." Hizo una pausa. "Has hecho mucho por los demás, amigo. Quizá... quizás eso sea suficiente." "Nunca será suficiente", afirmó el monje. "Nunca será suficiente." Miró sus manos. "Las buenas acciones de ahora no borrarán los pecados del pasado, pero debo intentarlo." Aspiró profundo. "Dicen que las almas son guiadas a la orilla final por los llamados de bienvenida de quienes las aman. Pero si no hay quien las llame... si no hay nadie allí para recibirles, vagarán por siempre." Suspiró. "Me pregunto quién tiene razón, amigo." "Si los muertos no pueden regresar... quizás nunca lo sepamos." "Ojalá tengas razón", dijo el Monje. Doomwing frunció el ceño. "¿Por qué?" "Porque si existe realmente una orilla final, espero no encontrármela nunca si paso. El tiempo ya no te agota, así que si te veo allí..." "Ah, debí morir.", interrumpió Doomwing con tranquilidad. "Pero si tienes razón... incluso si muero, todavía existe la posibilidad de encontrarte en otra vida. Después de todo, ya has vivido mucho. ¿Quién puede decir que no seguirás aún cuando vuelva?" Doomwing soltó una carcajada. "Sabes que si reencarnas, no serás tú mismo. De hecho, quizás ni pueda reconocer tu alma." "Quizá, pero me gustaría pensar que, de alguna forma, seguiremos siendo amigos." "A mí también me gustaría". Doomwing asintió. "Tienes mucho tiempo, pero cuando llegue tu momento... estaré atento. Así sabremos quién tenía razón."

El Hermano Dragón dejó que sus últimas palabras permanecieran en el aire antes de volverse hacia las personas tigre. Ellos escuchaban con entusiasmo, y Xiang fue el primero en hablar. "Esto... Hermano Tigre, ¿qué fue de él?" preguntó Xiang. "Murió como un héroe," sonrió el Hermano Dragón con tristeza. "Su muerte fue más gloriosa de lo que cualquier hombre tigre podría haber imaginado. Fue una muerte digna de los más grandes dragones. Y creo... creo que al final, finalmente hizo las paces con su pasado, y eso valía más que cualquier gloria que hubiera conseguido." "¿Y Haruto?" preguntó Hua. "No lo sé," admitió el Hermano Dragón. "Un gran mal vino del cielo, y nunca tuvimos la oportunidad de regresar a aquella aldea." El Hermano Dragón no tuvo el valor de decirles que Haruto y sus vecinos probablemente habían perecido en la devastación que había causado la Estrella Exiliada. "El Hermano Tigre era un monje," susurró Xiang. "¿Dejó alguna enseñanza? Me gustaría estudiarla si pudiera." "Sí, dejó enseñanzas," dijo el Hermano Dragón.

"Puedo enseñártelas, si quieres. No diré que estoy de acuerdo con todas ellas, pero nadie las conoce mejor que yo." "Sería un honor." "Le hubiera gustado que tú estuvieras aquí," dijo el Hermano Dragón. "Creo que le hubieras caído muy bien."